

La óptica fuerista del «nabarrismo» euskaro sobre la guerra de la Navarrería

JOSÉ JAVIER LÓPEZ ANTÓN*

I. PRÓLOGO

Campión entiende que Navarra padece un deterioro paulatino de sus características morales, culturales y antropológicas, el cual afecta a su propia mentalidad. La raíz se encontraría ya en la anexión y conquista del reino de Navarra por la corona de Castilla, que si no es importante en la vertiente institucional, sí va fermentado una tendencia psicológica y afectiva de los navarros a unirse con el resto de los reinos peninsulares.

El germen de este proceso se remonta a 1515. Pero esa tendencia se desarrolla en la transición del absolutismo monárquico al liberalismo constitucional. En ese período es cuando se produce la «crisis» ideológica de la guerra de la Independencia. Los navarros combaten, de la misma manera que otros españoles más, en acción conjunta contra el invasor napoleónico. Ha desaparecido ese orgullo y ese «espíritu nacional» que autolimitaba a los voluntarios del reino a no trasgredir las fronteras de Navarra en acción de guerra, a no ser que se solicitase el correspondiente permiso especial a las cortes del reino. Navarra se ha peninsularizado, ya no estima lo propio y específico cual si se tratara de su bien más caracterizado. Ahora los habitantes del país sueñan más con lo que sucede más allá de la línea divisoria del Ebro, piensan en el poder imperante en Madrid. Y se dividen en bandos beligerantes. Llegará la guerra carlista en un momento de profunda crispación doctrinal, una beligerante polarización social entre los naturales del antiguo Estado pirenaico. El liberalismo triunfante hará el resto. Navarra se encuentra abandonada. Sus peculiaridades institucionales o lingüísticas, sus hábitos o dife-

* Doctor en Historia

rentes modos de civilización van a ser negados por el poder central, o contestados por la minoría ilustrada navarra adherida a las organizaciones políticas estatales, que se permuta los resortes del dominio administrativo.

Los teóricos de la Asociación Euskara piensan que hay que regenerar a Navarra y evitar que sea asimilada por unas formas culturales imperantes extrañas a su esencia e identidad, lo que le conduce a Campián ha estudiar el fenómeno desde una perspectiva ideológica pero también disciplinar, continuando el conducto teórico del pensador galo Hippolitte-Adolphe Taine, para quien la historia es un problema psicológico y mental. Y esta tesis la extrapola Campián a Navarra. Los navarros son los mismos, su civilización material también, sus montañas y verdes praderas tamizadas de caseríos no han cambiado. Pero sus moradores ya no actúan siguiendo las pautas de conducta de sus antepasados, y entienden el universo que les rodea desde una perspectiva a veces diametralmente distinta que la tradicional.

Una transformación de la conciencia «regional» a la que pueden ayudar posiblemente con mayor incidencia que la desaparición de una «independencia» institucional, aspectos de orden más prosaico, juntando en esta cuestión la transformación de las formas económicas de vida o de los tradicionales métodos agrícolas, o simplemente, la erradicación del folklore o dialecto tradicional.

Navarra se ha castellanizado. Desde 1512 hasta 1833 las elites políticas se han ido acercando más a los intereses peninsulares y desentendiéndose en consecuencia de la vida navarra. Los procesos históricos son lentos. Estamos ante fenómenos de larga duración. La guerra de la Navarrería, en 1276, supone la primera crisis intestina del cuerpo nacional navarro. La nobleza divide sus lealtades. No son numerosos los que permanecen al servicio de una realeza que simboliza el compromiso entre la sociedad y sus representantes natos. Campián es de los que cree que a la dinastía navarra le corresponde la tarea de promocionar la liberación de su pueblo y de encarnar su identidad, deteriorada por unas elites ambiciosas y egocéntricas. De estas actitudes será víctima el «pueblo navarro», honrado y obediente, pero que ha de tropezar sucesivamente por el ejemplo nefasto de sus personalidades. Los sucesos de 1276 profetizan a la conquista militar de 1512. Analizaremos la visión de Campián al respecto, a través de su novela histórica *D. García Almorabid*, redactada en 1889.

II. LA CRISIS DE 1276

D. García Almorabid representa esa acusada tendencia del autor a recrear literariamente períodos históricos analizados con anterioridad bien por una investigación sobre el material documental o sobre otras obras.

Estamos ante una reflexión intelectual y moralizante sobre un conflicto entre navarros. Ya se constata de nuevo ese sentimiento histórico cuajado de pesimismo, asentado en la ausencia de una conciencia comunitaria más efectiva –navarrista y vasquista– en la trayectoria cronológica del reino. Tendencia que le conduce a estudiar períodos críticos con una concepción pedagógica y revisionista que de lectura a la encrucijada en que la Navarra coetánea a Campián se halla inscrita tras la abolición foral de 1876.

En esta recreación épico-legendaria se observa un carácter fiel a todo elemento histórico. Ello no quiere significar que no haya obrado la imaginación del autor con personajes accidentales u otras referencias históricas de mayor o menor contenido mítico. Su núcleo narrativo nada tiene de particular¹. Por lo demás, la novela es el conflicto mismo, con un estilo literario adecuado a su acepción romántica y caballeresca. La descripción cuenta con toda gama de matices líricos y costumbristas. Temática ya tratada parcialmente por Iturralde², que Campión elevará cualitativamente a un mayor rango literario. Siempre Iturralde es el pionero, para luego Campión, con su mayor nivel intelectual y capacidad de recursos, desarrollar las intuiciones ideológicas o literarias de su predecesor.

La guerra de la Navarrería es un conflicto complejo. En 1092 Alfonso I el Batallador (1104-1134), soberano de la casa navarro-aragonesa (1076-1134), concede a los francos que se establecen en el burgo de San Cernin el fuero de Jaca además de una serie de beneficios materiales. Entre ellos, el privilegio de que no se estableciese entre ellos navarro, clérigo, infanzón o milite alguno. Esta medida se acentúa con Sancho VI el Sabio (1150-1194). El rey y el obispo permiten en 1180 la facultad de que el burgo de San Cernin o San Saturnino no admita en sus límites a ningún navarro, sin el consentimiento de sus jurados.

Las disposiciones de Sancho VII el Fuerte (1194-1239) que en 1213, en sintonía con el obispo Asparrago, adoptó para la pacificación de los diferentes núcleos, propiciaron una solución temporal. Los enfrentamientos prosiguieron. El incendio de la población de San Nicolás por los pobladores del burgo de San Cernin fue el aspecto más terrible de una secular rivalidad entre diferentes barrios. Las medidas de 1222, en cuanto a las posteriores reedificaciones, lograron solucionar un problema latente hasta que con Enrique I (1270-1274) la Navarrería y el cabildo catedralicio obtuvieron el retorno a la situación pretérita al pacto establecido con Sancho VII.

1. D. García Almorabid. *Crónica del S. XIII*, Casa Editorial de Eusebio López, Tolosa, 1889. Otras ediciones por Icharopena. San Sebastián, 1936; Auñemendi, San Sebastián, 1970; Mintzoa, Iruña, 1984, Tomo VII, pp. 141-441.

García Almorabid y Gonzalo Ibáñez de Baztán marchan en dirección a la Catedral de Pamplona para entrevistarse con el Prior Sicart, quien les anima a ganarse para la causa rebelde a Pedro Sánchiz de Mantagut. Posteriormente Almorabid se introduce en la montaña para entrevistarse con Azeari Sumakilla, antiguo merino de las montañas caído en desgracia y convertido en temido jefe de bandoleros. Almorabid une a los bandidos a la general insurrección de la Navarrería. Mientras, en Pamplona, el 7 de julio arriban dos peregrinos, Raúl Cruzat y el trovador Guillermo Annelier, deseosos de conocer la gentileza de Blanca Almorabid, hija del rico-hombre. Raúl Cruzat –hijo de un distinguido burgués de San Cernin– es descubierto por los hombres de la Navarrería y es acogido a la protección de Blanca. Paralelamente, la guerra estalla. Blanca y Raúl caen asesinados por los montañeses de Azeari Sumakilla, quien ha descubierto la perfidia de Almorabid, causante de su desgracia. Desahuciada la causa de la Navarrería, tras la retirada de las tropas castellanas en el Perdón, los principales nobles sublevados abandonan la Navarrería a su suerte. La devastación es asoladora. García Almorabid contempla su resplandor desde las montañas que entrelazan los valles de Olo y Goñi cuando se presenta Sumakilla improvisadamente. El rico-hombre de las montañas perece en una sima de la Sierra de Andía a manos del atormentado ex-merino.

2. «Un episodio de la historia de Pamplona» evoca la pacificación de los burgos pamploneses en el reinado de Sancho VII el Fuerte (1194-1234) por Francisco de Asís (1213) en *Obras varias de Juan Iturralde y Suit*, s.l., s.n., s.a., pp. 141-172; *Obras de Juan Iturralde y Suit, Tradiciones y Leyendas Navarras*, Mintzoa, Pamplona, 1990, Tomo I, pp. 183-197.

La minoría de Juana II desató la polémica en cuanto a la política a seguir. Enrique I fallece por su obesidad el 22 de julio de 1274. El gobernador Pedro Sánchez de Montegut convoca cortes en Olite para el 1 de noviembre de 1274, con la intención de manifestar su deseo de alzar como rey al infante Pedro, hijo del soberano aragonés. Almorabid propugnaba la solución castellana y la Navarrería levantaba fortificaciones y máquinas de guerra, a pesar de las amonestaciones del gobernador. Doña Blanca, reina viuda de Enrique I, se acoge en tierras ultrapirenaicas con su hija Juana I al amparo del soberano galo. La sustitución del señor de Cascante por Beaumarchée nada solucionarían. La nobleza navarra le plantearía una oposición que llegaría a intentar asesinarle en el complot de Estella. La población de San Nicolás y el burgo de San Cernin ofrecen su apoyo al gobernador. La confrontación no se hace esperar. El año 1276 estallaba la guerra de la Navarrería. El epicentro del conflicto se hallaba en la capital del reino, centrándose en torno a la rivalidad intestina de los núcleos urbanos alienígenas de la burguesía de origen franco –burgo de San Cernin y población de San Nicolás– y los burgos de la Navarrería y San Miguel, de procedencia autóctona y campesina. Los magnates, en su mayor parte, sustentaron la rebelión con el fin de erosionar el poder del gobernador Eustaquio de Beaumarchée, representante de la reina Juana II de Champagne (1274-1305). Se abría un período de crisis que se pretendía resolver con una acertada política matrimonial, mediante la opción castellana –defendida por García Almorabid– o la proclive a los Estados de la Corona de Aragón, en tendencia auspiciada por Pedro Sánchez de Montegut, señor de Cascante.

La guerra entre los barrios pamploneses finalizó con la intervención del ejército francés que arrasó la Navarrería. Juana I contrajo nupcias con Felipe IV el Hermoso en 1287, quedando el reino tutelado por Felipe III el Atrevido en toda su minoridad. La muerte de Juana I en 1305 propició el advenimiento al trono de su hijo Luis I el Hutín (1305-1316), que en 1314 se convierte en Luis X de Francia. En 1305 supone la desaparición de la casa de Champagne y su sustitución por la dinastía Capeta. Navarra y Francia se insertaban en una misma corona, pero manteniendo su personalidad. El respeto de la misma se haría problemática bajo los siguientes reinados de Felipe el Largo II de Navarra, V de Francia (1316-1322) y Carlos I el Calvo, IV de Francia (1322-1328). En el derecho sucesorial pirenaico no regía la ley sálica, opuesta a las constituciones forales del reino.

El cetro pirenaico debía corresponder a Juana II –hija de Luis I el Hutín y Margarita de Borgoña– pues el hijo varón de Luis I y Doña Clemencia de Hungría había fallecido a poco de nacer. Nos referimos a Juan I «el de los pocos días», que nace y expira en 1316, pero cuyo nomenclator se recoge en la sucesión real. El gobierno ilegítimo de Felipe II y Carlos I, se restañaría por las cortes de Navarra, que valiéndose de la situación internacional, impondrían el derecho foral. Las asamblea de Puente la Reina –el 13 de marzo de 1328 es la fecha notificada por Lacarra aunque fue mayor su extensión temporal– rechazó la candidatura del soberano francés por no ajustarse al derecho sucesorial pirenaico. El 1 de mayo las cortes se congregaron en el prado de los predicadores de Pamplona, declarando «vox populi» el derecho de Juana II y nombrando interinamente gobernadores del reino a Juan Corbarán de Lehet –alférez del estandarte regio– y Juan Martínez de

Medrano, señor de Arróniz y Sartaguda. Juana II y Felipe III el Noble, rey consorte, abren las sendas para la consolidación de una nueva dinastía en Navarra, la casa de Evreux, personificada por Carlos II (1349-1387), Carlos III (1387-1425) y Blanca I (1425-1441). Se clausura así uno de los períodos institucionales más interesantes del reino de Navarra.

III. ¿UNA CRISIS SOCIAL?

Reducir el pleito que asoló a la vieja Iruña en 1276 a un conflicto de clases, actitud en la que se asientan los postulados historiográficos sobre las guerras carlistas de Fernández Pinedo y Fernández Albaladejo³, presenta cierto reduccionismo histórico. Pero en la historiografía medieval europea se puede percibir esa tesis extrapolada a los diferentes conflictos interurbanos de la época medieval. Muy alejado se halla el intelectual navarro de las tesis del materialismo histórico para cifrar en un esquema de clases el origen del conflicto pamplonés.

Sin embargo, Campián no idealiza la realidad y nos muestra en su novela una evidente ruptura social, económica y étnica en los diferentes núcleos de la capital. García Lopiz «Capa Negra», preboste de los mercaderes, es el personaje elegido por el narrador para mostrarnos el sentimiento latente en la Navarrería:

No habita en sus poblaciones persona privilegiada; sufren y levantan todos iguales cargas. Tienen mercado de mucha afluencia; los pueblos comarcanos les surten en sus tiendas y los enriquecen. Gozan asiento en Cortes generales como las buenas villas del Reino; y mientras tanto, nosotros, en casa, recludos como leprosos.

Hostilidad y rivalidad socio-económica son dos realidades superpuestas. Miguel de Larraña, Síndico de la Docena, nos interpela sobre las vejaciones a la que se ve sometida la población autóctona de la capital del reino.

Vivíamos solos y a nuestra guisa en este territorio de Iruña –y quien dice nosotros, dice nuestros abuelos –y cádate que de la noche a la mañana nos traen a unos extranjeros y nos los meten de vecinos. Quien habita en una choza estima como bueno su alojamiento hasta que construyen un palacio frente por frente: entonces conoce que su vivienda es una pocilga. Quedó la Nabar-Erria como estaba, y con una muestra perpetua a la vista de cómo podía estar. Al recién venido lo agasajan, favorecen y acarician; al viejo poseedor lo arrinconan y desdennan (...). Ellos crecen, nosotros menguamos; ellos se adineran, nosotros venimos a mayor pobreza⁴.

Los mismos burgueses eran conscientes de la animadversión popular respecto a sus personas. La expresión corresponde a la obra de Aneliers, trovador y cronista del conflicto⁵ de cuyo eco se hace tornavoz el autor.

3. Emiliano FERNÁNDEZ DE PINEDO, *Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco (1100-1850)*, Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 1974; Pablo Fernández Albaladejo, *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833: cambio económico e historia*, Akal, Madrid, 1975.

4. D. García Almorabid. *Crónica del S. XIII*, Casa Editorial de Eusebio López, Tolosa, 1889, pp. 101 y 103-104 respectivamente. La obra se finalizó en Pamplona el 1 de junio de 1888.

5. Se da por supuesto su carácter de servidor –trovador y balletero– del propio gobernador Eustaquio de Beaumarchée, con quien vino de tierras francas. Debió presenciar el embarque en Marsella de las tropas navarras de Teobaldo II de Champagne (1253-1270) para marchar a Túnez con el rey San Luis de Francia. Guillermo de Aneliers canta la gesta de los «diablos vivos» navarros del rey Teobaldo en las tierras africanas así como la gesta de Sancho VII el Fuerte (1194-1234) en las Navas

El país que nos rodea y nuestros propios vecinos, mortalmente nos aborrecen. Bastó con que se propagase la noticia de que las cosas iban a pasar a mayores, para que los villanos de las aldeas acudiesen a la Ciudad como monjes al sermón, porque ninguno ¡Dios me perdone! ama a los Burgos. Permitid que la Nabar-Erria conserve torres y algarradas, y sucumbiremos bajo el peso del odio universal. Vinimos a poblar el llano de San Saturnino de Iruña, creyendo que la palabra de un Rey y la lealtad nabarra eran inquebrantables. Mas aunque nuestro derecho es paladino, nadie nos ampara. ¿Por qué nos llamaron? Mirannos siempre cual a extranjeros, y aun los que se venden por amigos ayudan a nuestra destrucción⁶.

Para Campi3n el car3cter «nacionalista» de la revuelta de la Navarrer3a era ap3crifo, siendo tergiversado por un magnate ambicioso y castellanista. Campi3n viene a insinuar que la causa que provoc3 el conflicto se encuentra en la rivalidad intestina de los burgos, la cual no es m3s que un instrumento para las ambiciones de la nobleza enfrentada al poder del gobernador, representada por Garc3a Almorabid, Pedro S3nchez de Montagut y Gonzalo Ib3ñez de Bazt3n.

La reflexi3n de Campi3n otra vez nos conduce a su teor3a sobre la negativa actividad de las 3lites del pueblo navarro que le conllevan a empresas ex3genas a sus propios intereses. Almorabid es para Campi3n el ejemplo varias veces repetido de la divisi3n y del enfeudamiento de los navarros –por utilizar la expresiva terminolog3a espec3fica del movimiento euskaro– a los partidos «ultra-ib3ricos»⁷.

Si Almorabid personifica la «maligna» tendencia a mantener contactos con corrientes ex3genas, Gonzalo Ib3ñez de Bazt3n es el s3mbolo del navarro opuesto a todo esp3ritu extranjero, que no medita quienes son los l3deres de ese supuesto navarrismo, verdadero o instrumentalizado. El alf3rez representa en las pupilas de Campi3n toda una generaci3n de navarros que no

de Tolosa de 16 de julio de 1212. La obra est3 compuesta en versos de arte mayor divididos en hemistiquios de seis s3labas, repartidos en 104 cantos y escrito en romance provenzal. Hemos manejado las dos versiones originales:

* *La guerra civil de Pamplona, poema escrito en versos provenzales por Guillermo Aneliers de Tolosa de Francia, e ilustrado con un pr3logo y notas por Don Pablo Irlarregui, individuo de la Comisi3n de Monumentos Hist3ricos y Art3sticos de Navarra, Imprenta de Long3s y Ripa, Pamplona, 1847.*

* *Histoire de la guerre de Navarre en 1276 et 1277 par Guillaume Anelier de Toulouse publi3e avec une traduction, par Francisque-Michel, Imprimerie Imp3riale, Paris, 1856.*

Obra que pertenec3a a la Donaci3n-Testamentaria de Arturo Campi3n. Esta obra fue copiada en el monasterio de Fitero por el propio Michel a instancias del ministro galo de instrucci3n p3blica. Se mand3 publicar –1856– por iniciativa de V3ctor l’Clerc y Champolion, seg3n comenta Mariano Arigita y Lasa, *Cartulario de Don Felipe III Rey de Francia*, Imprenta de Hernando, Madrid, 1913, p. 40, nota 1.

No obstante, es m3s asequible manejar el compendio estructurado seg3n los diferentes cantos que realiz3 Iturralde con comentarios de rigor. Ver Juan ITURRALDE Y SUIT, «Las Guerras Civiles en Pamplona en el Siglo XIII», *Revista Euskara*, Tomo V, 1882, pp. 249-257, 314-324, 359-369; Tomo VI, 1883, pp. 29-32, 38-48, 65-74, 97-104, 129-136. Ver tambi3n en el *Bolet3n de la Comisi3n de Monumentos Hist3ricos y Art3sticos*, Imprenta Provincial J. Ezquerro, Pamplona, 4 trimestre 1917, pp. 255-261; 1 trimestre 1918, pp. 13-23, 96-102, 176-182, 248-253; 1919, pp. 34-38, 91-96, 169-174. En la reciente edici3n de las *Obras de Juan Iturralde y Suit, Volumen II. Cuentos, Leyendas e Historia*, M3ntzoa, Pamplona, 1990, pp. 83-147.

6. D. Garc3a Almorabid. *Cr3nica del S. XIII*. Casa Editorial de Eusebio L3pez, Tolosa, 1889, pp. 118-119.

7. Campi3n lo califica de «Se3or muy poderoso de las Monta3as, hombre terco, tortuoso, arrebatado y vengativo, extremado en sus aspiraciones y de pocos escr3pulos para sacarlos triunfantes, el primero de los nabarros que quiso paladinamente en su patria la soberan3a de Castilla». «El Genio de Nabarra», en *Euskariana* (Cuarta Serie), Algo de Historia (Volumen Tercero), Imp. y Lib. de Garc3a, Pamplona, 1904, p. 205.

saben distinguir la auténtica identidad navarra, vertebrada en su cultura tradicional, de ornamentales afectos de «navaridad» promovidos por individuos de sospechosa fidelidad.

Por contraposición, el señor de Cascante representa un genio atormentado que se adhiere a una bandera que parecía navarra de alma pero que es castellana de corazón. Sánchez de Montagut evidencia el espíritu legitimista que ve en la monarquía el baluarte más significado en el desarrollo institucional del reino. Campión comprobó que la institución regia era el eje cristalizador de Navarra al asumir la capacidad de forjar una vasta extensión geopolítica que superase la antaño organización tribal. Una legitimidad, es conveniente la matización, no válida en sí misma. Es una dinastía que pacta con los diferentes brazos o universidades de las cortes el compromiso de mejoramiento de las libertades, usos y costumbres del solar.

El análisis de Campión se refleja en la descripción psicológica de los personajes. No sintoniza del todo con ellos. Representan una desviación de lo que Arturo Campión consideró siempre el espíritu nacional navarro. Han tomado posiciones equivocadas. Detrás de las ambiciones de García Almorabid se encuentra Castilla, siempre engolosinada con el trono pirenaico. A pesar de cierta amonestación, el historiador navarro describe con simpatía a los otros dos caballeros navarros.

Era D. Gonzalo guerrero esforzadísimo, pero desprovisto de dotes políticas. El brazo valía más que la cabeza; franco y sencillo en extremo y débil de carácter, juzgaba de la lealtad ajena por la suya propia; era hombre que se movía por las pasiones del corazón y no por los cálculos del cerebro; su inteligencia, recta y clara, era, a la vez, limitada y tarda; concebía pausadamente y más pausadamente aún modificaba sus ideas. De los acontecimientos que se iban desarrollando, únicamente veía la parte que Almorabid le mostraba; la lucha entre el elemento extranjero y el nabarro, lucha que respondía a sus sentimientos personales.

Especialmente beneplácita es la caracterización de Pedro Sánchez de Montagut, quien podía haber hecho suya la máxima orteguiana «Yo soy yo y mis circunstancias»:

El Señor de Cascante, era por el contrario, rival temible; su inteligencia, menos flexible, acaso, que la de Don García, no era de peor ley que la de éste último; su carácter entero, enérgico y duro, comunicaba la consistencia del granito a sus rápidas resoluciones. Pero se encontraba aislado, con pocos parciales de su persona al rededor (sic), y como perdido en una tierra tan diferente de su Ribera, de la cual, hasta el idioma vulgar ignoraba. Los impulsos de su amor propio le llevaron al campo de los rebeldes, y a menudo experimentaba remordimientos por ellos (...). Su disgusto, su voluntad titubeante, su ánimo de conciliar, saltaban a la vista; cumplía, como bueno, en los combates, pero en los demás andaba siempre retraído. Cuando D. Corbarán de Lehet se pasó a los Burgos, dijo: «Feliz el que escoge entre dos contrapuestos caminos»⁸.

8. D. García Almorabid. *Crónica del S. XIII*, Casa Editorial de Eusebio López, Tolosa, 1889, pp. 146-147. Al fallecer Enrique I de Champagne (1270-1274), el señor de Cascante había sido nombrado Gobernador del Reino, designación que le fue retirada para sustituirle en 1276 Eustaquio de Beaumarchée, conocido por su castellanizado apellido Bellamarca de los relatos navarros. Campión en este personaje histórico ha captado muy bien el temor de la nobleza navarra al poder francés. Afirma Pedro Sánchiz de Muntagut: «Agravio, y grande, es para los Barones de limpia prosapia, naturales del Reino y sabidores de sus Fueros que un hombre, extraño a la tierra, sea levantado sobre la universal

Elegir entre dos sendas diferentes. Este parece ser el dilema planteado a Navarra en hitos significativos de su periplo histórico, de los que Campi3n extraerá unas reglas de oro desarrolladas en forma de reflexiones hist3ricas. Estas forman una filosofa peculiar de la identidad navarra.

IV. LA UNIDAD NAVARRA

La intencionalidad oculta de la novela es significativa. La contienda pamplonesa no es un conflicto de car3cter exclusivamente nacional o social. Por lo contrario, refleja la atomizaci3n de los navarros manifestada con toda su vehemencia en el reinado de Enrique I de Champagne⁹.

La misma perspectiva ideol3gica en clave legendaria que encontramos en las mitificaciones legendarias de la literatura fuerista vasco-navarra, se percibe en la novela hist3rica sobre la contienda de los burgos. El heroismo colectivo es lo reseable, un idealismo al que no corresponden unas indignas clases dirigentes, movilizadas por su innato egocentrismo individual. El pueblo navarro se equivoca adoptando banderías pol3ticas indignas. ¡Que importa!, proclama Campi3n, si su sacrificio es digno de la mejor causa. A las 3lites religiosas, socio-econ3micas y pol3ticas es a las que Campi3n desea exigir explicaciones de lo que considera aut3nticos desfallecimientos de su trayectoria hist3rica, en clara concepci3n historiogr3fica nacionalista que establece la diferencia entre el «ser» navarro, y el posterior «estar» navarro en Espa3a.

Se considera que la sociedad navarra debe encauzar su energa a unos nuevos moldes unívocamente navarros. La unidad es la esperanza capaz de salvar a la antropomorfizada patria amenazada por las intestinas luchas de bandería. A Navarra no la salvará la facci3n cripto-castellanista de S3nchez de Montagut, ni los beaumonteses que en 1451 defienden bajo las mesnadas de Juan de Beaumont a Carlos (IV) de Viana. Tampoco los agramonteses de Mos3n Pierres de Peralta y Felipe de Navarra que se agrupan bajo la enseña de Juan (II) de Arag3n. O los beaumonteses que en 1512 combaten por Castilla con Luis de Beaumont. Ni los agramonteses del mariscal don Pedro, fieles a la soberanía del reino. Y prolongándose en el tiempo, en 1833, ni los gubernamentales ni los partidarios de la dinastía rebelde al poder central. A Navarra, este punto es capital en el pensamiento euskaro y en la reflexi3n

humillaci3n de aquellos. (...) La Reina Doña Blanca hizo su jornada a Francia y en el palacio de sus reyes guarda y mantiene a la Reina niña Doña Juana (...) despos3 a la Reina con el primog3nito del Rey Felipe (...) Resoluci3n fue aquella que agravio a monarcas poderosos y vecinos, enemistándolos con Nabarra, necesitada, acaso, de la amistad de ellos, y siempre de saberlos neutrales. Que por aqua marchamos a convertir el Reino en un a manera de feudo de la Corona francesa, es temor que a muchos atormenta. He aqua lo que proponemos: sea la Reina niña restituida a Nabarra, declárense nulos los esponsales con el príncipe franc3s, destituyase al gobernador Eustaquio de Beaumarch3e y las Cortes reunidas nombren otro Gobernador natural de la tierra, adoptando lo que más convenga en cuanto a enlaces y alianzas matrimoniales», op. cit., pp. 99-100.

9. El cronista Garc3 López de Roncesvalles afirma de Enrique I que fue *mal gracioso a todos*, afirmaci3n peyorativa recogida posteriormente por otros cronistas. Ver la edici3n de Orcaestegui Gros, *Cr3nica de Garc3 López de Roncesvalles*, Universidad de Navarra, Pamplona, 1977, p. 71. Campi3n en «El Genio de Nabarra» ya recogio la valoraci3n negativa realizada por el Príncipe de Viana, que evidentemente sigue a López de Roncesvalles. Sin embargo, destaca su negociaci3n de una posible alianza con Eduardo de Inglaterra, mediante las nupcias de Juana con un príncipe ingl3s. Cierta providencialismo hist3rico en su juicio hace denotar que en su reinado se preveían ya presentes la amenaza castellano-aragonesa sobre Navarra.

campioniana sobre el pasado, únicamente se le puede defender desde una posición crítica a toda parcialidad alienígena.

4.1. 1276 versus 1512

La novela que desentrañamos alienta un pannavarrismo tenue pero pedagógico. El deseo de dar a conocer una gesta con el objetivo de incentivar un espíritu fraternal entre todos los navarros.

Cuando analice la actitud navarra en el conflicto 1821-1823 entre constitucionales y realistas, veremos que Campión califica la postura navarra de apostasía a la autonomía foral. Se refiere explícitamente al abandono de la tierra natal por las milicias del reino, que se trasladan a combatir a Cataluña bajo las órdenes de una institución extraña. El asolamiento por las tropas liberales de los valles pirenaicos es un castigo. En el fondo, la destrucción de la Navarrería en 1276 es una premonición de lo que puede suceder cuando los navarros se someten a una bandera ajena. Una concepción moralizante no exenta de cierto providencialismo. La historia es una maestra eficaz para Campión. Y ninguna reticencia moral cabe objetar a su utilización cuando se trata de evitar una sucesión de hechos ya observados en el pasado, que se convierten en semillero de desgracias del futuro.

Sólo un trovador que se sitúa en la periferia del mundo, fuera del vértice de la pirámide política, puede observar con criterio de exegeta bíblico la desgracia de una colectividad en descomposición. Ese es Guillermo Anelier, al que Campión ha querido simbolizar con su propio imaginario. El amor de Raúl Cruzat y Blanca Almorabid es a su vez la senda de purificación necesaria para alcanzar la sublimada cota de unidad y afianzamiento en la navarriedad. El asesinato de ambos jóvenes es la constante trágica de Navarra. Un espejismo. También lo fue aquel mayestático documento de 8 de septiembre de 1423, suscrito por la magnificencia pluma de Carlos III el Noble, que sellaba la unidad de la Navarrería, del burgo de San Cernin y la población de San Nicolás. El Privilegio de la Unión. Un arco iris en el panorama que se cernía a la muerte de Blanca I en 1441. Esta angustiada exhortación a la unidad de todos los navarros se transforma en una moraleja sobre las consecuencias que conlleva el depositar la confianza en los extraños.

Cuando el ejército castellano del señor de los Cameros, que obraba en combinación con Almorabid, abandone sus posiciones en la sierra de la Reniega –o del Perdón– ante el empuje de los navarros del vizconde de Baiguer y de Remir Peritz de Arróniz, desdoblados del ejército proveniente en auxilio de Juana I, se esfuma la esperanza para la Navarrería. Entonces Almorabid clama ante los nobles que le siguen en su secreta fuga del burgo ya sitiado.

– Traición no, pero sí cobardía. Un puñado de montañeses ha derrotado al Señor de los Cameros. ¡Malhaya del que confía en Castilla!¹⁰.

Una concepción didáctica, con cierto cariz providencialista, que pretende enseñar las tristes consecuencias que padecen quienes pretenden entregar Navarra al poder castellano. La narración de la muerte de Almorabid en la

10. D. García Almorabid. *Crónica del S. XIII*, p. 261.

sima, asesinado por los sicarios de Azeari Sumakilla, merece este comentario al narrador:

De esta manera murió en Arrizulueta de Andía, el Rico hombre Almorabid, primer nabarro que quiso para su patria el poder de Castilla¹¹.

Muerte de García Almorabid, asesinato de Pedro Sánchiz de Montagut, destrucción y saqueo de la Navarrería, inestabilidad del trono y de la propia existencia de Navarra. La obra nos sugiere que no es el sometimiento a soberanos extraños el camino a continuar para garantizar la prosperidad de Navarra. ¿La alternativa? Campión la inserta a través de la personalidad del navarro pionero en subordinarse a la tendencia centrífuga de la monarquía castellana. El propio magnate navarro tiene ocasión de conocerla en la naturaleza y cultura de una civilización asumida por el carácter específico de la raza, lo que Campión considera valores étnicos consubstanciales a su personalidad. Es el caserío.

4.2. La mentalidad campesina, esencia de autenticidad

La casa o etxea personifica para Campión el símbolo de una civilización autóctona alejada de los conflictos de la urbe. El campesino representa el modo de ser vasco en todo su grado de pureza.

Una visión bucólica, arcaizante, cierta en algunos aspectos, pero que olvida la dureza de la vida del nekazari o granjero. Para Campión no hay diferencias entre el campesino medieval navarro de 1276 y el baserritarra guipuzcoano de 1881. Ambos han perpetuado una sociedad católica, igualitaria, plenamente euskalduna, donde la fe, la pureza de costumbres y el culto a la tradición, forjan la médula de la vida cotidiana y el nervio de sus hábitos culturales. Estos van moldeando una concepción de la vida y su posterior modo de manifestarla. Retornamos a un punto vital de la ideología fuerista, el desdén de corte y alabanza de aldea, perceptible en el conservador Antonio de Trueba y de la Quintana, en el nacionalista Sabino Arana o en el carlista Domingo de Aguirre. Campión no es una excepción dentro de los diferentes matices que adorna la pluralidad estética de la inspiración romántica vasquista. Lo plasmaría, con la plástica en él habitual, en un canto apasionado al sustrato social que vertebra la savia de Vasconia.

Camino del destierro, el ricohombre de las montañas topa con unos pastores del valle de Ollo. La contraposición entre la atormentada vida del magnate y la placidez que refleja el recto juicio del anciano pastor está bien elaborada en su estética. La primera escena que percibe el guerrero navarro nos predispone a ello. Una joven adolescente ordeñando una juguetona cabeza de ganado, la cual se acaricia contra el tronco de un árbol, con el subsiguiente campanilleo de la esquila, mientras la espumosa leche se concentraba en el kaiku. Al lindero de la campiña se sitúan unos jóvenes aman-

11. D. *García Almorabid. Crónica del S. XIII*, p. 301. Emilia Pardo Bazán, en "El Fuerismo en la novela", publicado en *El Imparcial*, a 27 de enero de 1890, se refiere a la personalidad de Campión a este apartado de su novela, comentando las desgracias sufridas por el primer navarro favorable a las tendencias asimiladoras de Castilla y el juicio del autor, que «allá en el fondo de su pecho (con ser persona indudablemente de buenas entrañas), diríase que aplaude el suplicio, que al caer los pedruscos sobre los magullados miembros del ricohombre, murmura: Bien empleado te esta». Emilia Pardo Bazán, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1973, tomo III, pp. 931 (928-931).

tes sentados en un fajo de helechos. El escritor busca el contraste que sensibilice al lector. No es casualidad que al dirigirse Almorabid en lengua vasca al perturbado anciano y sus hijos, los ánimos de éstos adopten una intimidad más familiar:

Don García comió de los sabrosos cuanto campestres alimentos con que de todo corazón le brindaron: nata, pan de centeno, unas rebanadas de tocino tostadas sobre las brasas, un gophor de recia y suavísima leche. Mientras tanto el anciano daba conversación a su huésped y le decía: que las ovejas habían criado muy bien aquel año, que la cosecha de trigo perdióse, a causa de la pedregada del día de San Juan, que poseía dos vacas muy gordas y buenas lecheras que pensaba vender caras en la feria de San Miguel de Aralar y que estaban cortando helecho para pasto de invierno.

– Sois, acaso, muy pobres? – preguntó Don García.

– Por qué vais a vender las vacas?

– Toma! porque debo la pecha del Rey en mi pueblo y la del Señor de estos pastos. Y como no hemos recogido trigo...

– Pídele a la Reina que te perdone la pecha de este año.

– Don Sancho es capaz de eso y de mucho más, porque tiene el corazón grande como esas peñas y blando como este pan. Pero pudiéndole pagar, como podemos, a costa de las vacas, no hemos de cansarle. A cada uno lo suyo, y dénos Dios lo nuestro.

– Pero de qué Don Sancho hablas?

– Pues del Rey!

Don García se sonrió y envidió, aún más, al pobre anciano, para quien habían pasado desapercibidos cuatro monarcas: los dos Teobaldos, Don Enrique y Doña Juana.

Cuando el caballero le ofrece al patriarca la posibilidad de que le prenda para obtener la recompensa que el gobernador del reino concede por su captura, la contestación del etxejojaun asombra al ambicioso «milite» por su honradez y espíritu de caridad. Admirado García Almorabid, deseoso de homologarse con un hombre tamizado de unas virtudes que superficialmente parecían opuestas a su condición social, opta por empuñar la hoz imitando a los pastores de la val de Olo. Ha ganado, momentáneamente, el espíritu vascónico sobre la superestructura administrativa del reino que cohibe las manifestaciones espontáneas de la savia étnica.

Es el turno de la naturaleza, de la solemnidad de la creación que el autor cierne metafóricamente en los bosques de la Euskal Herria. En el ideal campionario, el campo tiene una función cultural significativa. Es el elemento vertebrador de una específica cosmovisión vasca, enlazando a su vez con la tesis micheletiana de una geografía entendida como factor decisivo en la historia, y que adopta Campión a la historia navarra con una originalidad notable. La montaña ha perpetuado la personalidad navarra frente a las acometidas culturalizadoras provenientes de la llanura. Por eso, para Campión, el montañés representa con mayor fidelidad la identidad navarra que el ribero. Este se halla más influenciado por otros modelos culturales en una tierra de ágiles interrelaciones y mestizajes. Se percibe, es importante detallarlo, un tímido salto cualitativo respecto a *El Genio de Nabarra*, redactado entre 1884 y 1888. La geografía navarra, sus montañas, no son un elemento material, neutro, que Campión parece alentar vida en sus elegiacas admoniciones. En la narración la naturaleza determina al hombre hasta en sus planteamientos éticos. Dios, hombre y asunción de la propia identidad en contacto con la

naturaleza, forjan así una ecuación sobre la que volverán los investigadores vascos ya desde otras ramas disciplinares:

La paz solemne de la naturaleza se enseñoreaba de su alma. Era un hombre, y nada más que un hombre, en el seno de la obra bella de Dios. La pasión artificial de dominación se adormía y aquietaba ante el espectáculo del ordenamiento soberano regido por las leyes de su propia naturaleza, desarrollado según inmutable ritmo, que a los ímpetus desordenados de la volición humana, contraponen su serena impersonalidad. ¡Cuánto más encumbrados que los pensamientos de la soberbia, no eran aquellos riscos! cuánto más refulgentes que la visión de la gloria, las ráfagas de oro que salían de entre las nubes! Y le diluían por las venas un bálsamo calmante, el verdor de los helechos con sus salpicaduras diamantinas de rocío, y la tierra húmeda, de donde salen las raíces todas de la vida, maga de las transformaciones inagotables, dócil nodriza de los hombres¹².

Un texto que muestra esa edad de oro tan ansiada por el fuerismo. Pero ese campesinado bucólico –calificado despectivamente de cartón piedra– ya no lo era tanto en la época en que escribía Campión. Las machinadas de 1718 y 1766¹³, la zamacolada de 1894¹⁴ y las propias contiendas carlistas demuestran la crisis del campo vasco debido a la recesión económica, el empuje demográfico, y un proceso de pauperización determinado por la implantación de un nuevo modelo financiero en una sociedad de mentalidad comunitaria.

Pero ahora los nuevos modelos a seguir son los campesinos que, y eso es una virtud para muchos fueristas de la época, despreocupados de toda cuestión política, trabajan en armonía con el entorno, fieles a sus tradiciones ancestrales y con una dignidad social que consideran arquetípica de la hidalguía universal del pueblo vasco. La lealtad a la dinastía navarra condensa la adhesión a su autogobierno, siéndoles indiferente quien la personifique, tal como acontece al anciano pastor que ignora a cuatro soberanos de la casa de Champagne. Otra vez la literatura se subordina a la creación de modelos ideológicos, y sin embargo, es una literatura de belleza formal y descriptiva. *D. García Almorabid* es el cenit de una forma de composición e inspiración literaria. Hasta 1888 Campión ha venido realizando una literatura nostálgica y tardo-romántica, inspirada en la historia de Navarra y Vasconia, con una concepción idealizante inspirada en las obras de Juan de Iturralde y Suit. Pero a partir de 1889 la obra literaria de Campión va a sufrir una transformación en su inspiración temática y en el propio género. La novela histórica ya estaba desfasada en la España de la década de los ochenta de la pasada centuria.

El artículo que suscribió Emilia Pardo Bazán bajo la intitulación *El Fuerismo en la Novela* en el rotativo «El Imparcial» en los albores de 1890,

12. *D. García Almorabid. Crónica del S. XIII*, pp. 291-292 y 293-294. Jon JUARISTI, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*, Taurus Ediciones, Madrid, 1987, p. 257, cita este texto y en su comentario se inclina a ver el precedente del Unamuno contemplativo e intrahistórico de 1897.

13. Sobre estos procesos de conflictividad social ver el resumen de Federico Zabala, «El Centralismo Borbónico y las crisis sociales del siglo XVIII», en *Historia del País Vasco (Siglo XVIII)*. Universidad de Deusto, Bilbao, 1985, pp. 225-246, el cual indica que ya con estos conflictos se cristaliza la atomización social decimonónica vasca.

14. *El proceso de la Zamacolada. Conferencia de Don Bonifacio de Echegaray leída en la Sociedad Filarmónica de Bilbao en 20 de marzo de 1920*, Bilbaína de Artes Gráficas, Bilbao, 1921; Teófilo Guiard Larrauri, *Historia de la Noble Villa de Bilbao*, Imprenta y Librería de José de Astuy, Bilbao, 1912, tomo IV, pp. 1-65; Fernando García de Cortázar-Manuel Montero, *Historia de Vizcaya*, Editorial Txertoa, San Sebastián, 1980, volumen I, pp. 139-143.

determina las nuevas sendas a tomar por Campión. El cariño e impronta intelectual que la novelista va a plasmar en su análisis se convierte en motor impulsor de nuevas corrientes literarias. Pardo Bazán analiza no la obra de Campión, sino su personalidad, su capacidad, y lo más importante, le señala los nuevos hitos para progresar en su desarrollo intelectual. Campión, intuitivo, aceptó el reto y no se anquilosó en actitudes literarias llamadas al aplauso en Navarra, pero periclitadas en comparación a los modelos vanguardistas que se desarrollaban en Europa. No obstante, seguiría componiendo obras en la línea de *D. García Almorabid*. Pero los consejos de Bazán no se desaprovecharon. Juaristi se refiere a ello:

Es innegable que Campión aprendió la lección de Pardo Bazán. Si no sacó de la suficiente provecho, fue porque sus capacidades estaban por debajo de las que le reconocía la generosa escritora gallega. Don García Almorabid fue el canto del cisne de la literatura histórico-legendaria vasca, y Arturo Campión el last minstrel, el último bardo que colgó definitivamente su arpa, como reza un tópico de la poesía fuerista, de las ramas del árbol santo de Guernica. Su siguiente novela, *Blancos y Negros* (1898), se adentraría –desgraciadamente, también a deshora– en los caminos abiertos por los grandes novelistas españoles de la Restauración¹⁵.

Para Pardo Bazán el género «Ivanhoe» ya no tenía sentido en los nuevos moldes cronológicos.

Su novela a lo last minstrel no indica sino esa nostalgia del tiempo pasado que sienten todos los defensores de las causas maltratadas por el tiempo presente.

No obstante, califica elogiosamente al «polígrafo» fuerista¹⁶. Pero lo que nos interesa realmente son las causas que considera verdaderos handicaps en la promoción de Campión. La escritora gallega consideraba que el sabor regionalista de su obra y su negativa a trasladarse de los focos culturales vasco-navarros a la capital de España, le había postergado de los altos vuelos de la fama.

Y estas causas también las señala Francisco Gascue en la introducción a la novela campioniana *La Bella Easo* de 1909. Aquí no habrá rectificación. La exactitud o error de la postura del intelectual pamplonés es tema difícil de calibrar. Todo se pretende comprender a posteriori. La realidad es que la cultura vasco-navarra constituía la fuente de inspiración de Campión. Juaristi puede estar en lo cierto al considerar excesivos los elogios de la escritora. Cualquier matización no evita una profunda reflexión sobre las palabras de Pardo Bazán:

Juzgo a Campión aisladamente y le estimo en su valor intrínseco, según lo que creo que podría suponer dentro de la literatura general española, si su cariño a la tierra natal no le hubiese confinado hasta hoy en estudios especiales que no interesan a la mayoría del público. Campión, aunque encerrado por un círculo afectivo en los límites de su provincia, tiene dos alas para volar más lejos: una, su dilatada instrucción, que abarca cuanto en el extranjero se escribe y piensa sobre derecho político, sociología, literatura, historia; otra, su fresca imaginación, que le permite desenredarse de las vastas lecturas consentidas por los ocios de Pamplona, y escribir con sensibilidad, amenidad y vida¹⁷.

15. Jon JUARISTI, *El linaje de Aitor*. La invención de la tradición vasca, p. 198.

16. Para la escritora gallega, Campión es uno “de los escritores de facultades más múltiples que conozco”. Emilia Pardo Bazán, «El Fuerismo en la Novela», *Obras Completas*, Volumen III, pp. 928-929.

17. E. PARDO BAZÁN, op. cit., pp. 930-931.

V. UN DEBATE HISTORIOGRÁFICO REGIONALISTA

La explicación de este acontecimiento ayuda a iniciar una perspectiva comparativa de dos escuelas, de dos formas de interpretar la trayectoria histórica del reino.

5.1. La visión nacionalista española

Un investigador del período de los Reyes Católicos, José María Doussinague¹⁸, escribió en 1945 un artículo sobre el conflicto pamplonés de 1276 desde una óptica crítica respecto de Moret y Campián¹⁹. Analiza con acierto el proceso que conduce al fratricida enfrentamiento pero, paralelamente, se percibe una concepción castellano-céntrica de la historia de España, que desprecia los aspectos institucionales o culturales privativos que matizan esa visión unitaria de la historia peninsular. Una frase compendia su esquema interpretativo:

(...) la guerra de la Navarrería es una contienda nacional entre navarros y franceses.

Se trataría de la insurrección popular de una Navarra afectivamente española, institucional y lingüísticamente, que se rebela contra moldes exógenos que la tienden a afrancesar. Esa razón le conduce a criticar la versión del analista de Navarra, el Padre José Moret y Mendi (1615-1653), para el cual los partidarios del rebelde García Almorabid son forajidos, deudos y malcontentos. Doussinague afirma el «carácter nacional de guerra entre navarros y franceses», los primeros apoyados por Castilla²⁰. Sin embargo, reconoce en Moret al historiador por antonomasia del Reino de Navarra. Al referirse a los factores de 1276, denuncia la ausencia de «independencia de criterio» en la historiografía pretérita, la cual se sirve en sus análisis de opiniones preconcebidas, propiciadas por una «fatal ausencia de desapasionamiento». Hay una referencia específica e implícita al polígrafo fuerista:

Campeón es de entre los que así utilizan datos históricos al servicio de partidismos políticos, un fecundo escritor contemporáneo que ha dedicado toda su vida a presentar los sucesos de la Historia de Navarra en forma desprovista de la necesaria ecuanimidad y recto juicio²¹.

Una referencia hostil lógica pues ambos representan diferentes concepciones historiográficas. Hay un aspecto que merece cifremos nuestra aten-

18. El tolosarra José María Doussinague, nacido en 1896, diplomático - secretario de la Delegación Española en la Sociedad de Naciones y embajador de La Haya - y escritor, se especializó en el período de los Reyes Católicos desde la óptica nacionalista acorde con los planteamientos culturales del régimen del general Franco. Sus obras más significativas son *Fernando el Católico y el cisma de Pisa*, Espasa-Calpe, Madrid, 1946; *El testamento político de Fernando el Católico*, Consejo Superior de Investigaciones Científica, Madrid (...); *La política exterior de España en el siglo XVI*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1949; *La política internacional de Fernando el Católico*, Espasa-Calpe, Madrid, 1944.

19. «La Guerra de la Navarrería. Rectificaciones al P. Moret, según el Poema de Anelier», *Príncipe de Viana*, Pamplona, XIX, 2 trimestre 1945, VI, pp. 209-282.

20. Analiza el conflicto en un esquema maniqueo en el cual se enfrentan un ejército francés somedor y un castellano liberador a petición de los propios navarros. En definitiva, el solar pirenaico constituye un mero aspecto territorial en litigio. José M. Doussinague, *La Guerra de la Navarrería*, op. cit., pp. 261 y 268 respectivamente.

21. J. M. DOUSSINAGUE, *La Guerra de la Navarrería*, p. 209.

ción. Doussinague, siguiendo al erudito Pablo Ilarregui –jurista que coadyuvó a la elaboración de la ley de modificación de Fueros, «Ley Paccionada» de 16 de agosto de 1841– niega la matanza de los niños burgueses que se criaban en las aldeas de las cendeas pamplonesas, en reminiscencia de los infanzones navarros que educaban a sus pupilos en contacto con el campo, para cuyo robustecimiento los pequeños solo portaban una gran camisa, que si les era arrebatada, su raptor se hacía merecedor de la penalización estipulada en el fuero de Navarra. En este caso, los primogénitos de los mercaderes de San Cernin y San Nicolás se establecían al cuidado de campesinos de la cuenca para así dominar la lengua del país. Según la historiografía clásica, estos infanzones habrían sufrido una muerte horrible a manos de los partidarios de la Navarrería. Escogemos esta cuestión de núcleo central del debate para poder apreciar las fuentes documentales de las diferentes historiografías.

5.2. Las raíces de la polémica

Don Carlos, Príncipe de Viana, nos ha narrado con su habitual corrección los hechos a que venimos haciendo referencia:

(...) é por mayor crueldat, fueron á las aldeas é comarcas, é todas quantas creaturas faillaron, que eran de los dichos Burgo é Población, todas dadas á criar, mataron é despedazaron, dando con eillas á las paredes, é non dejaron nenguno vivo²².

No hemos encontrado ninguna referencia en cronistas navarros pretéritos. García López de Roncesvalles, cuya crónica recogió el príncipe en su obra, nada comenta al respecto. En contraposición, el escritor guipuzcoano Esteban de Garibay se hace eco de los acontecimientos, justificándolos en escritos anteriores:

Escriven, que aun passó de aqui su furor y yra, por que siendo lo de mayor lastima y de horrenda inhumanidad indigna a nombre de Christiano, les mataron, quantos hijos y hijas tenían dados a criar por las aldeas y comarcas de la tierra, despedaçandolos, y dando con las criaturas por las paredes, hartando su diabolica sed en la sangre de los innocentes, fin dexar a ninguno a vida, y que a Don Pedro Sánchez de Monteagudo, señor de Cascante, que en estas rebueltas ultimas avia sido contra el gobernador, queriendo publicamente reconciliarse con el, los de la Navarrería, que d'ello fueron avisados, le mataron una noche²³.

Moret recoge la versión de don Carlos con un mayor énfasis:

La otra causa de la irritación irregular de ánimos en esta guerra fue un hecho atroz en que se pasó más allá de la crueldad, y que merece llamarse fiera, y de fieras carniceras, cuando hambrientas. Abrasados los de la Navarrería y coligados de la resistencia de los del burgo y población, que pensaron hallar desprevenidos y rendir a prisas, no solo les talaron las viñas, heredades, huertos y cuanto hallaron fuera de los muros, sino que se derramaron por las aldeas cincunvecinas en busca de los niños inocentes que se criaban de ellos en poder de amas de leche. Y quantos reconocían

22. *Crónica de los Reyes de Navarra. Escrita por D. Carlos Príncipe de Viana, y corregida en vista de varios códices, e ilustrada con notas por D. José Yanguas y Miranda, secretario de la Diputación Provincial de Navarra e individuo de varios cuerpos literarios*, Imprenta de D. Teodoro Ochoa, Pamplona, 1834, p. 147.

23. *Los XL Libros d'el Compendio Historial De las Chronicas y univrsal Historia de todos los Reynos de España. Compuestos por Estevan de Garibay y Çamalloa, de nacion Cantabro, vezino de la villa de Mondragon, de la provincia de Guipuzcoa*. Impresso en Anveres por Christophoro Plantino, Prototypographo de la Catholica Magestad, MDLXXI, tomo III, p. 262.

por hijos de los del burgo y población los iban estrellando contra las paredes y manchando sus armas en la sangre de ellos con furor rara vez oído aún entre bárbaros²⁴.

Al príncipe y al analista les sigue Yanguas y Miranda:

Los de la Navarrería saciaban su furor en los niños de sus enemigos, estrellando contra las paredes a cuantos podían haber a sus manos. Entre los dicitos con que insultaban a la Reina, y a sus partidarios, uno de ellos era llamar a Doña Juana la Trocada, suponiendo no ser hija verdadera de Don Enrique²⁵.

Campión lo plasma con intensidad. Fortuño Almorabid contempla el encrespamiento de la ira ciudadana. Se barajaban rumores inquietos que hablaban del asesinato de seis niños en Sarriguren y de otra criatura en Mutiloa de Yuso. Los presentimientos del hijo de don García, adscrito al partido fiel a la reina, se han de confirmar.

Los rústicos y villanos que se ocupaban en segar las heredades de los burgueses, veíanse forzados a interrumpir su faena y a retirarse al Burgo, porque los banidos de Sumakilla los maltrataban declarando que al degüello de los burgueses en pañales seguiría el de los burgueses barbudos. Una muchacha montañesa que segaba junto a Mutiloa de Yuso declaró que había visto, con sus propios ojos, cómo mataron a un niño, hijo, por más señas, de Guillermo Marcel. Citada a comparecer delante del Gobernador, la segadora repitió su dicho afirmándolo bajo juramento. Era, por tanto, indudable la noticia²⁶.

Sin embargo, Ilarregui, escritor cronológicamente anterior a Campión, niega tales sucesos.

Aunque la tala de las viñas y de las huertas y el incendio de los edificios es un hecho vituperable, si bien por desgracia demasiado común en todas las guerras, con todo no se ve en este canto ni en ningún otro del poema aquel acto de ferocidad y barbarie que tomándolo sin duda de la crónica del Príncipe de Viana, afirma el historiador Moret de los de la Navarrería, suponiendo que estos salieron a los pueblos inmediatos, y habiéndose apoderado de muchos niños pertenecientes a sus contrarios los del burgo, los estrellaron contra las piedras. Consuela el ánimo ver que esta atrocidad, aunque atribuida a otros hombres y tiempos, no tiene todo el fundamento necesario para que pueda sostenerse como cierta²⁷.

Y en efecto, quien maneje la obra de Guillen de Anelier nada encontrará al respecto. Lógicamente, el cronista la hubiera consignado, pues en calidad de trovador y ballestero formaba parte del entorno de Beaumarchée. Cabría la remota posibilidad de que, al no haber presenciado los hechos por sí mismo, no se hubiera atrevido a consignar unos acontecimientos dubitables. Nunca se puede desestimar que un narrador no traslade en su crónica factores que hoy creemos vitales. Hechas estas objeciones, la realidad se inclina por la afirmación de Ilarregui. A este ha copiado Doussinague, sin reparar en juicios pretéritos que nos confirman el testimonio de Ilarregui, pues el escritor fuerista Iturralde ya había cerrado la polémica sobre los infanticidios en 1883.

24. *Anales del Reino de Navarra. Compuestos por el P. de José Moret, de la Compañía de Jesús, natural de Pamplona y Cronista del mismo Reino*, Establecimiento tipográfico y Casa editorial de Eusebio López, Tolosa, 1890-1891, VII volúmenes. Ver volumen V, p. 65.

25. José YANGUAS Y MIRANDA, *Historia Compendiada del Reino de Navarra*. Imprenta de Ignacio Ramón Baroja, San Sebastián, 1832, p. 148.

26. Arturo CAMPIÓN, *D. García Almorabid. Crónica del Siglo XIII*. pp. 122-123.

27. *La Guerra Civil de Pamplona, poema escrito en versos provenzales por Guillermo Aneliers de Tolosa de Francia e ilustrado con un prólogo y notas por Don Pablo Ilarregui*, p. 180, nota XX.

Como lo hace observar Don Pablo Ilarregui, nada dice Anelier de los actos de barbarie que, según el Príncipe de Viana y el P. Moret, que quizá copió a aquel, cometieron los de la Navarrería matando en aldeas niños pertenecientes a los del Burgo. Es de creer que el cantor de las guerras de Pamplona, que tan minucioso se muestra en su relato, no omitiría esos horribles hechos, y esto hace suponer que, felizmente, fueron falsos²⁸.

Podemos comprobar que dos conjuntos portadores de una diferente interpretación se oponen diametralmente: El Príncipe de Viana - Garibay - Moret - Yanguas y Miranda - Campián. En otra línea Anelier - López de Roncesvalles - Ilarregui - Iturralde - Doussinague.

5.3. Navarra y/o España. Una complicada jerarquización

El significado que Doussinague confiere al conflicto de 1276 se puede definir gráficamente:

(...) la guerra de la independencia de Navarra contra una invasión extranjera, no sólo por venir del exterior, sino extranjera principalmente por ser contraria a su alma, a su idioma y a sus modos de vida españoles²⁹.

El profesor Zabalo conecta con este esquema al aseverar que «los navarros estallaron en un movimiento incontenible de rebelión, encabezado y dirigido por casi toda la nobleza»³⁰.

Ni el príncipe Carlos, ni el sacerdote José de Moret, ni el propio Campián, participan de la bipolarización que en 1945 nos ofrece el diplomático español. Aunque Beaumarchée desconfiase de navarros residentes en San Cernin y San Nicolás, también los había en las mesnadas del gobernador, y muy cualificados, como los ricos-hombres Corbarán de Vidaurre y Fortuño Almorabid, alférez real en sustitución del insurreccionado Gonzalo Ibáñez de Baztán³¹. Posteriormente se les unió Corbarán de Lehet. Pedro Sánchiz de Montagut sería asesinado cuando abandonaba la causa de la Navarrería. Según refiere Campián, en el séquito del gobernador se podían escuchar cuatro idiomas. Vascuence, castellano, provenzal y francés³².

Doussinague observa en el conflicto un alzamiento abierto de los navarros frente a la agresión extranjera, lo que le conduce a restar significación a la actitud de los navarros leales a Juana I. El mismo vocablo navarros debería

28. Juan ITURRALDE Y SUIT, «Las Guerras Civiles de Pamplona en el siglo XIII», *Revista Euskara*, año VI, 1883, p. 72, nota 1; Mintzoa, Pamplona, 1990, tomo II, p. 131, nota 46.

29. J. M. DOUSSINAGUE, *La Guerra de la Navarrería*, p. 282. Texto interesante aunque erróneo. Navarra era un reino independiente y a lo que aspiraba es a seguir manteniendo su soberanía a despecho de aragoneses, castellanos y franceses. La pluralidad cultural y religiosa era una realidad en un reino que contaba con un prestigio en el panorama político europeo superior a todas luces a su potencialidad económico-demográfica y a lo reducido de su espacio geopolítico, ya estabilizado en el año 1200. Navarra no era monolingüe, ni siquiera bilingüe, aunque el mayoritario vascuence de la sociedad artesana y campesina no alcanzase a las sedes reales de Pamplona o Tudela, donde adquirirían status oficial el romance y el provenzal.

30. Francisco Javier ZABALO ZABALEGUI, «El Reino de Navarra en la Baja Edad Media. Algunas consideraciones», en *Historia del Pueblo Vasco*, Erein, San Sebastián, 1978-1979, III tomos. Ver tomo I, pp. 127-149. La cita en p. 131.

31. Lo confirma el medievalista estellés José María LACARRA DE MIGUEL, *Historia política del Reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*. Editorial Aranzadi, Pamplona, 1972-1973, volumen II, p. 227; *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*. Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona 1976, p. 311.

32. A. CAMPIÓN, *D. García Almorabid. Crónica del S. XIII*, p. 116.

matizarse. Los burgueses de origen franco también amaban al reino. El que no morasen navarros en el Burgo de San Cernin puede obedecer más bien a una jerarquización social. Navarro es sinónimo de campesino en el Fuero de Estella y posee una significación socio-económica precisa³³.

Compendiando, el Príncipe de Viana, Moret y Campión ven en la contienda de la Navarrería un conflicto entre navarros que un magnate instrumentalizó para su propia ambición. Los tres resaltan el desprecio de los sublevados que llamaban a los vigías de San Cernin y San Nicolás «vasallos de la Trocada» —así lo consigna el príncipe-cronista³⁴— y que Moret retoma en la pugna dialéctica entre leales y rebeldes, en el momento en que en el burgo de San Cernin se eleva, entre aclamaciones de lealtad a la reina, el estandarte del Reino de Navarra³⁵, tal como lo recoge el polígrafo vasquista en su novela:

– ¡Traidores, id a Mendabia, do están vuestros castellanos!
– No ha de ser antes de segaros las gargantas, vasallos de la Trocada³⁶.

La amenaza castellana era una realidad. La novela histórica de Campión refleja perfectamente ese rencor respecto del castellano en las palabras del señor de Cascante:

Preparaba una alianza matrimonial, con esa Casa aragonesa amiga y protectora de nuestros Reyes, con la sangre del nobilísimo y leal Rey Don Jaime. Lejos de mí la infección castellana! Atrás esos rapaces que nos robaron Vitoria é Ipuzcoa.

A lo que responde Almorabid:

Quiero, tanto como tú, la independencia del Reino. Ansío concluir con el poder francés en Nabarra. El castellano es la lima que rompe la cadena; enseguida arrojé el instrumento³⁷.

La sublevación de la Navarrería, en la cual se coordinan múltiples tendencias, acaba por despeñarse en una tendencia afín a Castilla, en una revuelta contra la autoridad constituida que podía concluir en la desaparición política del reino. Por eso el príncipe y especialmente Moret y Campión adoptan una posición que denominaríamos navarrista-legitimista. Actitud del jesuita navarro que disgusta a Doussinague. Ello no quiere que los tres historiadores navarros no condenen el asolamiento por el ejército francés del Conde de Artois del burgo de la Navarrería. Los tres lo comentan en todo su rigor. El príncipe Carlos resalta el ajusticiamiento de Miguel de Larraña junto a otros síndicos de la Docena y sitúa la tragedia en su marco cronológico, 1276³⁸, cuando Moret la había fechado en 1277 erróneamente:

Como quiera que de esto fuese, la invasión del pueblo de la Navarrería fue de los más sangrientos y atroces que se cuentan en la historia. Porque, derramándose el ejér-

33. De la misma manera que es la primera expansión de la casa vascona se distinguía a los navarros del Ager Vasconum, de las tierras llanas, de los vascos propiamente dichos del Saltus Vasconum. Recordemos la vieja Navarra citada por el Príncipe de Viana, formada por las cinco villas del Val de Goñi, Yerri, Lana, Amescoa, Valdegabal, Campezo, Berrueza y la Peña de Ocharan, en donde se hallaba la aldea de Navarin, *Crónica de los Reyes de Navarra*, p. 35.

34. Op. cit., *Anales del Reino de Navarra*, Volumen V, p. 147.

35. «Los sublevados denominaban a los legitimistas: Vasallos de la trocada; fingiendo para algún socorro de su empacho que la niña reina Doña Juana había sido trocada en la cuna», *Anales del Reino de Navarra*, tomo V, pp. 65-66.

36. D. García Almorabid. *Crónica del S. XIII*, op. cit., p. 109.

37. Op. cit., p. 152.

38. *Crónica de los Reyes de Navarra*, p. 151.

cito por él e inundándole todo a manera de creciente hinchada de río, cuanto encontraba lo llevaba a hierro, sin distinción de edad ni sexo, ni perdonar el honor de matronas y doncellas, a quienes la invasión súbita y no tenida tan a prisa atajaba los pasos en busca de sagrado donde guarecerse (...) Sobre la sepultura del rey Don Enrique, padre de la reina Doña Juana, por cuyo derecho se peleaba, estaba puesta una tumba de bronce sobredorado. Y engañándose con el resplandor algunas de aquellas tropas robadoras, y creyendo era de oro macizo, la arrancaron de su lugar, y embistiéndola con hachas de hierro, la golpearon reciamente para partir el despojo hasta que la experiencia los desengañó del yerro³⁹.

A pesar de la extensión de la cita, merece la pena transcribir este texto que demuestra el dramatismo literario que Campi3n incorpora. Nada nuevo dice respecto a historiadores anteriores como Moret:

Reson3 un aullido de fiera que cae sobre su presa. Los asaltantes, espada en mano, se encaminaron a los altares, y como una nube de langosta que devora un campo de trigo, arrancaron a la Virgen sus joyas, a los Santos sus coronas y vestidura, a los altares sus paños, a los sacerdotes sus casullas; y robaron c3lices, vinajeras, copones, crucifijos, patenas, custodias, l3mparas, urnas, candelabros, cuanto brillaba o relucía, arrojando al suelo las reliquias por apoderarse de las arquillas y relicarios. Y la luz tr3mula de los cirios alumbr3 escenas de una orgía de demonios; el vino bebido en los vasos sagrados, los libros de rezo dislacerados con las espadas, borrachos revestidos de las vestiduras sacerdotales parodiando con gestos obscenos las ceremonias de culto.

La fidelidad de Campi3n al an3lisis de Moret se observa en el relato de la profanaci3n de los restos mortales de Enrique I:

Y como el sepulcro del rey Don Enrique, hecho de bronce dorado se les antojase de oro, movidos de una codicia que había roto todos los frenos, sin que les parase el respeto a la persona de la Reina Doña Juana, cuya causa defendían, hija de Don Enrique, ni la terrible magestad de la muerte, lo descujaron y destrozaron, partiendo el metal a pedazos. Y el cadáver del pobre monarca que autoriz3 la desuni3n de Pamplona, raíz de las desdicha presentes, fue sacado a la luz de los vivos, entre las risotadas de los profanadores que le preguntaban c3mo habiendo sido apellidado el Gordo, al cabo de dos ańos aparecía en los huesos⁴⁰.

La contienda es una guerra entre navarros. Al ej3rcito franc3s se unen las milicias del reino seg3n Moret⁴¹ y Campi3n⁴². Realidad que no transcribe a Doussinague⁴³. Pero tambi3n hubo navarros que intentaron resistir al ej3rcito franc3s en los Pirineos, obligando al ej3rcito de Felipe III a penetrar por Jaca⁴⁴, momento en el cual Navarra mayoritariamente se alza por Juana I.

El an3lisis de los historiadores que hemos calificado de navarristas o legitimistas se podría compendiar en las palabras que a S3nchiz de Montagut le dirige Sire Gaston de Foix, seńor de Bearn:

39. *Anales del Reino de Navarra*, V, p. 74.

40. A. CAMPI3N, *D. García Almorabid. Cr3nica del S. XIII*, pp. 284-285.

41. *Anales del Reino de Navarra*, p. 68. El Padre Moret comenta que estas milicias, formadas por los naturales del país, se hallaban encastilladas en sus respectivas fortalezas por ausencia del gobernador sitiado en el burgo de San Cernin y poblaci3n de San Nicol3s as3 como por el dominio territorial de las tropas castellanas en perpetuas razzias y cabalgadas por el país.

42. *D. García Almorabid. Cr3nica del S. XIII*, p. 248.

43. J. M. DOUSSINAGUE, *La Guerra de la Navarrería*, p. 267.

44. Campi3n constata a su vez que los montañeses navarros de García Peritz, merino de Sangüesa, cerraron al ej3rcito franc3s los puertos del valle de Luzaide en su entrada a Navarra. op. cit., p. 248.

45. *D. García Almorabid. Cr3nica del S. XIII*, p. 213.

Los franceses, que aún no han entrado, se irán; pero a los castellanos, que ya están dentro, será menester echarlos⁴⁵.

Concluyendo, Campi3n se presenta como el continuador oficial de la historiograf3a navarra, del Pr3ncipe de Viana, y especialmente de Moret. En su faceta de historiador, ese fue siempre su orgullo. El formar parte de ese eslab3n de cadena de oro, como a 3l le gustaba definir, de la tradici3n historiogr3fica nacional navarra.

No es exagerado afirmar que Campi3n es otro Moret, en otro tiempo y circunstancia, con otra erudici3n. Pero siempre defensor a ultranza de las glorias del Reino de Navarra. Podemos preguntarnos por las razones que le conducen a insertar el presunto genocidio de los ni3os burgueses en su obra, pues conoce la edici3n de Ilarregui de 1847 sobre el poema de Guillermo de Anelier y el compendio de Iturralde de 1883.

La respuesta es sencilla. Y no es la causa el dramatismo pl3stico de la secuencia que puede subyugar a cualquier literato. La verdadera explicaci3n la encontramos en que esos acontecimientos han sido referidos por Carlos (IV) y el Padre Moret, historiadores c3lebres de Navarra, cuyas obras conoce Campi3n a la perfecci3n. El historiador fuerista no desea quebrar la tradici3n historiogr3fica navarra. Moret es para Campi3n la estrella matutina de su caminar. Tambi3n lo es Iturralde y Suit, de quien recibe toda una mentalidad y una cosmovisi3n espec3fica. En extra3as ocasiones Campi3n rectifica a Iturralde. Esta es una de ellas. Entre Moret e Iturralde, Campi3n elige al analista. El Pr3ncipe de Viana y Moret representan la historia gloriosa de Navarra. Aneliers e Ilarregui, una peque3a aportaci3n. Porque a su vez, Campi3n es un literato. Y se permite libertades ocasionales con la disciplina, con Cl3o. La muerte del caudillo navarro sirve para manifestar la visi3n que de Navarra y del pueblo vasco pose3a el autor pamplon3s. El fallecimiento de Garc3a Almorabid representa el 3bito del primer navarro que atestigua su afinidad con Castilla.

Su muerte literaria es ejemplarizadora y moralizante. Encierra todo un mensaje de la historia de Navarra, para Navarra. Y en este caso predomina el af3n est3tico-ideol3gico sobre la fidelidad hist3rica. Almorabid muere en el exilio. Muerte hist3rica. Pero Campi3n la ha reflejado filos3ficamente en la sima Arrizulueta de And3a. Porque ha traicionado a Navarra. Y es que Campi3n en sus tareas de investigador tiende a ejercer de fil3sofo y a veces de sacerdote, de patriarca que castiga el desviacionismo y la apostas3a de su tribu. Campi3n investiga cient3ficamente, pero en sus obras literarias definde la tradicional personalidad de Navarra. Y en sus obras plenamente «hist3ricas» aun se puede percibir esa actitud de fil3sofo que predice –rodeado del saber de su pueblo– la decadencia de Navarra, si esta se obstina en continuar asimilando culturas extra3as o confiando en poderes «ultra-ib3ricos».

Una interpretaci3n de la historia y civilizaci3n de un pueblo, de su origen y destino, pero que olvida ser fidedigna al acontecimiento positivo. Campi3n lo asiente, conoce esa realidad, pues, sirvi3ndonos de las palabras de Pardo Baz3n que valoran su iniciativa de «walterescotizar» la Edad Media navarra, «si fuese capaz de ignorarlo o de negarlo sabi3ndolo, no merecer3a

46. Emilia PARDO BAZ3N, *El Fuerismo en la Novela*, Tomo III, p. 928.

que nadie tomase en cuenta su libro»⁴⁶. Sin embargo, la deforma, porque en esta recreación literaria, su interpretación tiende a subordinar la realidad. Recreación que ya no es historia en cuanto al óbito real del rico-hombre se refiere:

(...) é Don García non osó quedar en Navarra por temor de los parientes de Don Pedro Sánchez, antes se fue para el rey de Castilla, el qual lo recibió, é quiso defender de sus enemigos⁴⁷.

Moret se limita a constatar el impresentable abandono en el que han dejado sumida a la Navarrería los caballeros sublevados, afirmando que por un portillo secreto lograron fugarse «con gran prisa en busca de los reales del ejército de Castilla en que entraron»⁴⁸. Ninguno de los dos se refiere a la expugnación por las tropas reales de los núcleos rebeldes de San Cristóbal, Mendavia, Puynni-Castro, Garayno y Montreal (sic). Acontecimientos que sí registraron Anelier⁴⁹ e Iturralde⁵⁰.

La historiografía española, excepcionalmente, recogería la versión de Moret y Campión. En 1911 escribe Fernández Amador de los Ríos, catedrático del Instituto de Pamplona⁵¹:

Al huir a Francia Doña Blanca dejó como gobernador de Navarra de Don Pedro Sánchez de Monteagudo, contra el cual promovió disturbios el famoso D. García Almoravid (sic), señor de las montañas navarras, quien se puso de parte de Castilla por odio a los franceses. Nombrando gobernador Eustaquio de Bellamarca se encendió la guerra civil. En Pamplona los de la Navarrería seguían el partido de Almoravid mientras los del burgo de San Cernin y la población de San Nicolás eran de la bandera de Juana I. En esta horrible guerra, como en todas las civiles, se cometieron horrores en el uno y en el otro bando. Los de la Navarrería saciaban su furor hasta en los niños de sus enemigos estrellando contra las paredes a cuantos podían haber a las manos. Un ejército francés que no pudo pasar por las montañas de Navarra cuyos habitantes estaban sublevados entró por Canfranc e hizo huir a Almoravid y asaltada la Navarrería sus mujeres fueron deshonradas y todos sus habitantes degollados sin distinción de edad ni sexo, ni se perdonó a los templos y vasos sagrados ni a las tumbas de los muertos y el fuego acabó la obra de destrucción, quedando la Navarrería arruinada⁵².

4.4. Debate de historiografías

La óptica de la historia en Doussinague se cifra en la siguiente afirmación:

47. *Crónica de los Reyes de Navarra*, p. 150; José María LACARRA, *Historia del Reino de Navarra*, tomo II, p. 313; *Historia del Reino de Navarra en la Edad Media*, p. 230. Cita un tratado de paz de 1280, entre Francia y Castilla por el cual son excluidos de toda protección ricos-hombres como Gonzalo Ibáñez de Baztán y García Almoravid. Este último, refugiado en 1276 en el castillo de Lara, aún debió amagar alguna intentona contra Navarra.

48. *Anales del Reino de Navarra*, tomo V, p. 73.

49. *La Guerra Civil de Pamplona*, pp. 154-159.

50. «Las Guerras Civiles de Pamplona en el siglo XIII», *Revista Euskara*, tomo IV, 1883, pp. 133-134; *Mintzoa*, Volumen II, pp. 144-145.

51. Sobre las obras de Fernández Amador de los Ríos ver la valoración emitida el 26 de febrero de 1915, «Obras históricas de don Juan Fernández y Amador de los Ríos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo LXVI, pp. 387-394, en el que se juzga brevemente los seis manuales impresos en Pamplona entre 1911 y 1912.

52. Juan FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS. *España en la Edad Media*. Imprenta, librería y encuadernación de Nemesio Aramburu, Pamplona, 1911, pp. 262-263.

Mariano ARIGITA, *Cartulario de Don Felipe III Rey de Francia*, Imprenta de los sucesores de Hernando, Madrid, 1913, p. 40, nota 1, comenta sin aportar nada nuevo: «Este mismo asunto de la guerra civil de Pamplona dio ocasión a mi sabio amigo D. Arturo Campión para que luciese una vez más las dotes de su peregrino y fecundo ingenio y excepcionales condiciones de escritor».

La vida nacional navarra había sufrido una desviación a la muerte de Sancho el Fuerte⁵³.

Proceso que califica de «raquitismo político» y que se manifiesta en una oposición dialéctica entre la españolidad del solar navarro y el galicismo dinástico. La estructura del reino para Doussinague peca de tendencia afrancesada, dada la españolidad popular navarra⁵⁴.

No hay datos que consoliden la opinión de Doussinague. El mismo tampoco refiere ninguno. No traicionamos su opinión si consideramos que el conflicto de 1276 es una manifestación de su tesis. Una visión castellano-céntrica, coherente con las coordinadas educativas que perviven en España en 1945, donde toda manifestación cultural o institucional vernácula podía ser considerada un factor de divergencia respecto a ese ensamblamiento providencial de las Españas en un destino común. Pero Navarra en 1234 se inserta en la órbita política europea. Para historiadores forjados en una pedagogía nacionalista española, Navarra desde 1234 hasta 1512 es un ente amorfo que no cuenta hasta que un 21 de julio de 1512 el duque de Alba recupera Navarra para la historia de España, ese mero apéndice de la corona francesa⁵⁵.

Cuando Navarra alcanza las cimas de la civilización con la promulgación del Fuero General por Teobaldo I en 1238 o la redacción del Amejoramiento del Fuero en 1330 con Juana II y Felipe III el Noble, se la relega al olvido. Víctor Pradera, que representa un concepción uniformista de la identidad de España, ha de aseverar tajante:

Navarra, aunque Estado independiente dentro de la España geográfica, no tenía nacionalidad distinta de la de las demás regiones españolas; que el pueblo conquistador y el conquistado estaban animados del mismo espíritu⁵⁶.

Pradera se refiere a 1512. Pero la mentalidad es idéntica a la que denota Doussinague en su valoración de 1276. Una dimensión que se recoge en la historiografía de mayor nivel científico.

53. DOUSSINAGUE, *La Guerra de la Navarrería*, p. 280.

54. Op. cit., pp. 280-281. El autor ve en el proceso reconquistador una empresa común de regiones independientes fundidas en un alma nacional idéntica, p. 219.

55. Los manuales de historia de España reflejan esa visión superficial por la cual Navarra sólo interesa en cuanto sirva al patrimonio imperial de las Españas. Ignacio Olabarri Gortázar, María Luisa Garde Etayo, José Javier López Antón, *Navarra y su relación con Euskal Herria y España en los manuales de enseñanza primaria y secundaria, 1845-1985. Memoria Final*, Pamplona, 1991, pp. 34 y 39.

La participación de Navarra en empresas europeas –cruzadas de Teobaldo I y Teobaldo II en 1238 y 1270– es valorada con animadversión no exenta de disimulada envidia en un momento en que los diferentes Estados peninsulares permanecían en un permanente estado de combate secular o estancamiento político-cultural. La indignación contenida ante la ausencia de españolidad de los soberanos navarros, esos monarcas que se desprecupan de España para irse a combatir a Palestina, refleja la ausencia de una estricta valoración histórica de España. Estas no se conforman estructuralmente hasta Felipe II, como pluralidad de comunidades, para en la época decimonónica cristalizar en una estructura uniformista al advenimiento del liberalismo. *Navarra y su relación con Euskal Herria y España en los manuales de enseñanza primaria y secundaria, 1845-1985*, p. 41. La civilización jurídica del reino, su aparato institucional y legislativo, con sus empresas internacionales, su vida costumbrista y cortesana, la vida religiosa de sus claustros, o el mosaico de razas, lenguas y religiones, parece, en consecuencia, constituir una abstracción surrealista para la historiografía española.

56. VÍCTOR PRADERA, *Fernando el Católico y los falsarios de la historia*, Talleres Voluntad, Madrid, 1925, p. 355.

Suárez Fernández opina que Navarra es un territorio de influencia francesa, cuando su misión histórica es vincularse a España. Maniqueísmo dicotómico –lo español es bueno, lo francés nefasto– que reflexiona sobre el pasado navarro en función del proceso de 1512. Todo lo que pueda romper esta interpretación es desvalorado. Suárez nos habla del españolismo sentimental y lingüístico del reino. En consecuencia, la otra realidad cultural es un agente agresor peligrosamente infiltrado, refiriéndose a la «penetración lingüística vascuence por los valles pirenaicos». Los propios monarcas navarros son ingratos extranjeros que utilizan el reino a su beneplácito:

Las ferias de Champagne, la Cruzada, los derechos al Trono de Francia a la posesión del ducado de Normandía eran objetivos primordiales. El paso de los reyes de Pamplona se contempla muchas veces con temor: significaba nuevos impuestos, mayores esfuerzos o amenazas militares. No puede decirse que entre rey y Reino existiera un vínculo muy poderoso⁵⁷.

Afirmación sostenida por el especial hincapié que realiza Suárez en las épocas de tensión, pasando por alto, en contraposición, períodos de bonanza y desarrollo político, salvo el momento crítico de la casa Capeta, cuando dos de sus tres soberanos detentaron el trono en menosprecio del derecho sucesorial pirenaico. Nos referimos a Felipe el Luengo II de Navarra y V de Francia (1316-1322) y Carlos el Calvo I de Navarra y IV de Francia (1322-1328). Por lo demás, no se puede hablar de ausencia de sintonía entre los navarros y sus soberanos.

La óptica que del «pequeño reino español» ofrece Suárez no difiere de la relación asentada por Doussinague, Pradera o los manuales escolares de enseñanza. Una concepción con de esquemas interpretativos ya periclitados. Referirse al conflicto agramonteses/beamonteses en su vertiente de enfrentamiento montaña/ribera⁵⁸, tesis enunciada por Desdévise de Dezert por influencia del romanticismo decimonónico europeo que ofrece una visión idílica del País Vasco tras las guerras carlistas⁵⁹. Este esquema supone la confirmación del escaso bagaje intelectual de la historiografía española. Y el enfrentamiento con los historiadores navarros se veía propiciado por una ausencia de ecuanimidad que degeneraba en acalorados debates.

Modelada la historia como combate dialéctico, Campión se alinea con los defensores de la historia de Navarra, el Príncipe de Viana y Moret. También Iñarregui e Iturralde participan de la misma concepción. Su negativa a aceptar como verdadero el infanticidio de 1276 no significa que se puedan englobar en una órbita interpretativa castellana de la historia navarra. De hecho, los dos, antes de la contienda carlista de 1872-1876, ya habían intentado en coordinación con Nicasio Landa y Esteban Obanos fundar un precedente de la Asociación Euskara.

57. Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Fernando el Católico y Navarra, El proceso de incorporación del reino a la Corona de España*, Ediciones Rialp, Madrid, 1985, p. 13.

58. Luis SUÁREZ, *Fernando el Católico y Navarra*. p. 14. Esta división la causaliza en la influencia financiera. Los anacronismos cometidos, insistimos, se producen por valorar la trayectoria histórica navarra desde el proyecto de los reyes católicos y la fecha de 1512.

59. G. DESDEVISES DU DEZERT, *Don Carlos d'Aragón Prince de Viane*, Armand Colin et Cie.Éditeurs, París, 1889, p. 433.

La interpretación historiográfica que Doussinague realiza de la contienda de la Navarrería frente a Moret y Campi3n nos recuerda a la polémica historiográfica que la clase política e intelectualidad de Navarra propiciar3 en 1922, sobre la interpretaci3n del proceso que propici3 a la desaparici3n de la estructura privativa del solar pirenaico. Debate iniciado cuando a iniciativa de la «Comisi3n de Monumentos Hist3ricos y Artísticos de Navarra» se decidi3 erigir un monolito conmemorativo en Maya de Baztán a los caballeros agramonteses que en ese castillo sucumbieron. VÍctor Pradera sostendr3 un discurso analítico de la historia navarra extrapolable a la concepci3n unitarista de Doussinague, para quien Navarra desde 1234 –pensamiento homologable a Pradera y Suárez– ha perdido el sentido de su existencia hasta encontrarse así misma en la comú n identidad religiosa y cultural española. La guerra de la Navarrería o la conquista de Navarra y su posterior incorporaci3n (1512-1524), son valoradas desde una perspectiva nacionalista española que hiere la sensibilidad de los historiadores navarristas. La intelectualidad del viejo reino, representada cuantitativamente por escritores nacionalistas vascos y carlistas, enlaza con la historiografía de los Padres Moret y Ales3n. Navarrismo que personifica Campi3n en un nuevo debate de historiografías que se concretar3 a partir de 1921.

VI. EL DESTINO DE SU IDENTIDAD

El Genio de Nabarra y *D. García Almorabid* convierten a Navarra en eje perenne de investigaci3n del polígrafo fuerista. Campi3n se ha erigido en un erudito e investigador neto. Se le denota a la vez una concepci3n y plástica peculiar. En 1904 Campi3n publica en la *Euskariana (Cuarta Serie)* las dos obras, con un prólogo de 1903 al que ya nos referimos y que nos aproxima a la pasi3n por la historia que Campi3n ha asumido en estos años⁶⁰.

Leí el poema provenzal de Guillermo Annelier «Las guerras civiles de Pamplona», elegantemente editado y curiosamente comentado por Francisco Michel. Tuve curiosidad de averiguar hasta qué punto el trovador había sido verídico y por primera vez penetré en los Archivos de la Diputaci3n de Nabarra. ¡Cuánto me impresion3 mi careo con el documento! aquellos pergaminos, contemporáneos de los sucesos a que se referían, me fascinaban. Poníanme en contacto inmediato con las épocas fenecidas. Experimenté la pasi3n de la exactitud documental, del pormenor exacto e ignorado. Mi labor de copia fue entonces enorme; como suena, enorme.

Y esa niebla documental que se diluye por la mente del historiador revela, germinando, nuevas reflexiones que van fortaleciendo una concepci3n filos3fica específica de ese significado oculto que cree percibir en la historia del solar vascón:

Mis investigaciones y meditaciones sobre los acontecimientos narrados por Guillermo Anelier, espantosa tragedia cuya virtualidad artística procuré expresar en mi *Don García Almorabid*, ayudados de las sugerencias que los fracasos del euskarismo elaboraban, revelaron a mi espíritu una verdad cruel y odiosísima: Que los mayores enemigos que los nabarros han tenido y tienen son nabarros. El poder extraño, las influencias extrañas, que avasallan y descastan, rondaban nuestra casa; pero

60. Arturo CAMPI3N, *Euskariana (Cuarta Serie)*. *Algo de Historia* (Volumen Segundo) Imprenta y Librería de Erice y García, Pamplona, 1904. La Advertencia, pp. I-VII, aparece fechada en Pamplona el 7-XII-1903.

nosotros les abrimos siempre la puerta. El conde de Lerín parece ser el hombre representativo de Navarra. Nabarros guiaron al Duque de Alba, nabarros mutilaron los fueros, nabarros los comprometieron en locas empresas, nabarros consienten, a diario, el quebrantamiento de ellos, nabarros abominan el baskuence y cuando no le abominan, lo desdennan... Lamentable genio el tuyo, patria mía!⁶¹.

Concepción trágica proveniente de una prolongada ausencia en la historia de Navarra de una conciencia navarrista efectiva, de esa desunión política en la Navarra coetánea. No es casual que trece días después de haber terminado la redacción de *D. García Almorabid*, concluyese también el estudio sobre el controvertido viaje a Africa de Sancho VII el Fuerte (1194-1234), en el cual se dio la definitiva separación de los territorios vascongados todavía insertados bajo la égida de los soberanos pirenaicos. Campión estudia las citas del cronista inglés Rogelio de Haveden, quien documenta el enamoramiento de la hija de El Mansur con el soberano cristiano. Selecciona los textos de su estancia en tierra africana –Moret, Rodrigo Ximénez de Rada y el Príncipe de Viana– preguntándose por los orígenes de las fuentes o la autoridad de los cronistas⁶². También analiza el texto del historiador árabe Rudh El-Kartas. No es una monografía de un valor científico reseñable. Campión maneja datos y documentos que han sido tamizados por los respectivos historiadores a la hora de desarrollar sus narraciones. En definitiva, son versiones de factura no personal. Ya señalaba el propio historiador «nabarrista» que ni siquiera la relación del Padre Moret es un testimonio verídico.

Pero nos ayudan a advertir la manera de edificar la narración, de filtrar lo verdadero de lo erróneo, de ir adentrándose en el argumento polar por antonomasia. Campión da muestras de ser un investigador sutil, delicado, no precipitado, que matizando los datos considerados evidentes. Reafirma la ausencia de Sancho VII en un período laxo, entre 1199-1201, en el cual se hallaría en Andalucía, con el objetivo de encontrar alianzas frente a sus peligrosos vecinos. El amor de la princesa ismaelita con el último vástago de la dinastía vascona sería el simbolismo romántico digno de un cuento de hadas que se superpone como metáfora idealista a la combinación política⁶³. Para Campión, Sancho VII sigue siendo el monarca que pudo haber regenerado esa Navarra, Polonia doliente que se entrevé en lontananza, en la Suiza épica por él anhelada.

61. *Euskariana (Cuarta serie), Algo de historia (Volumen Segundo)*, pp. IV y V respectivamente.

62. El estudio se intitula «La jornada a Africa del Rey Don Sancho el Fuerte (Problema histórico)», en Arturo Campión, *Euskariana. Parte Tercera. Algo de Historia*, Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán, Imp. y Enc. de Andrés P. Cardenal, Bilbao, 1899, pp. 62-91. Hay otras ediciones por Euskal-Erria, Tomo XX, pp. 49-53, 148-154, 163-169; *Revista del Antiguo Reino de Navarra*, I, pp. 313-318, II, pp. 21-28. Obra fechada en Pamplona el 14 de junio de 1888.

63. «La jornada a Africa del Rey Don Sancho el Fuerte (Problema Histórico)» en *Euskariana, Parte Tercera, Algo de Historia*, pp. 90-91.

La historiografía reciente ha visto en el viaje de Sancho VII un intento de romper la soledad diplomática de Navarra para hacer frente al poder castellano. Luis Javier Fortún Pérez de Ciriza, *Sancho VII el Fuerte (1194-1234)*, Reyes de Navarra, Míntzoa, Iruña, tomo IX, 1987. pp. 165-174. El profesor Fortún afirma que «estamos ante un relato propagandístico elaborado en la corte de Navarra y propagado a la corte inglesa poco tiempo después de los acontecimientos, quizás en los años 1201-1202, mientras se gestionaba la alianza anglo-navarra», p. 167. La leyenda legitimaría la posible alianza entre un soberano católico y un monarca musulmán.

RESUMEN

La guerra de la Navarrería que padecieron los burgos pamploneses en 1276 tuvo una especial repercusión historiográfica. Por un lado, una historiografía navarrista y vasquista veía en los acontecimientos la defensa de la soberanía del reino de Navarra frente a los agentes castellanizantes que amenazaban con colapsar su destino. Por otro lado, una historiografía nacionalista española cree que se abre en 1275 un período de enfeudamiento a Francia por parte de la corona navarra, el cual únicamente se verá resuelto cuando Fernando el Católico recupere en 1512 a Navarra para su común patria española.

No es un tema nuevo. El período que se comprende entre la abolición foral de 1876 y la crisis de 1936 resulta ser una de las épocas más florecientes de la cultura autóctona. La esquematización que del conflicto elabora Campión ahonda sus raíces en las obras clásicas del Príncipe de Viena, Garibay o Yanguas y Miranda, sin olvidarnos de Iturralde, Annelier u Olarregui, cuyas reflexiones se matizan.

ABSTRACT

The Navarrería War of 1276 suffered by the boroughs of Pamplona had a special historiographic repercussion. On the one hand, pro-Navarrese and Basque historiography saw the events as the defence of the sovereignty of the Kingdom of Navarra against the hispanicizing agents which threatened to destroy its future; whilst on the other hand, Spanish nationalist historiography believed that 1276 saw the start of a period of infeudation with France on the part of the Navarrese Crown, something which would only be resolved when Fernando el Católico recovered Navarra in 1512 for his common Spanish State. This is not a new issue. The period between the abolition of the Foral Privileges in 1876 and the crisis of 1936 was one of the eras when autochthonous culture flourished most. The schematization of the conflict produced by Campión is based on the classical works of the Principe de Viana, Garibay or Yanguas y Miranda, not forgetting Iturralde, Annelier or Olarregui, whose reflections are compared and described in detail.